

# Memorias de un fundador

Al calor de las celebraciones por los 40 años de la salida a la calle del primer número de *Escambray*, reviven las anécdotas

PASTOR GUZMÁN CASTRO

Hace solo unas horas nuestro rotativo cumplió 40 años de su salida oficial a las calles espirituanas y la joven provincia de Sancti Spíritus, entonces de solo tres años de nacida, se congratuló por el hecho de contar con un periódico, lo que, al decir de Joaquín Bernal Camero, el entonces primer secretario del Partido en el territorio, constituía un complemento indispensable sin el cual era prácticamente imposible concebir la nueva entidad geográfica.

En estos días tan significativos, no puedo menos que evocar algunos antecedentes de mi estreno como miembro del colectivo encargado de dar vida al nuevo periódico.

Recuerdo que, a finales de octubre de 1977, recién graduado de licenciado en Historia en la Universidad de La Habana, vine a Sancti Spíritus con el propósito de recoger mi expediente en la Dirección Provincial de Trabajo. El objetivo era regresar a la capital con el documento y presentarlo en la agencia noticiosa *Prensa Latina*, donde solo faltaba ese trámite para que se me acogiese en la plantilla.

No obstante, me encontré en la calle con mi condiscípulo de preuniversitario, Osvaldo Rodríguez —graduado ese año de Periodismo en el mismo centro de altos estudios—, quien me espetó sin protocolo que aquí se estaban preparando condiciones para la creación de un periódico provincial y que necesitaban graduados universitarios de la rama de Humanidades. Le dije que lo pensaría.

Horas después me abordó mi vecino Raúl García Álvarez, periodista empírico por entonces de la emisora *Radio Sancti Spíritus* y el villalareño periódico *Vanguardia*, con igual propósito. Llevado por la presión de mi madre, quien no quería que me quedara en La Habana, busqué a Osvaldo y este me llevó a ver a Fe Dora Fundora Cruz, designada por el Partido para dirigir el nuevo órgano de prensa.

De inicio fui invitado para la que sería la reunión constitutiva del colectivo del periódico, la cual se efectuó el 25 de noviembre de 1977 en la antigua sede del Partido en el territorio, en la calle Independencia, presidida por el miembro del Buró, Pedro Rodríguez Díaz. Fue una oportunidad para que los futuros hacedores de *Escambray* pudiéramos vernos las caras y empezar a conocernos.

Por esos días abundaron encuentros, conferencias y clases. Las primeras lecciones de periodismo básico estuvieron a cargo de los periodistas Osvaldo Rodríguez, Raúl García y

Octavio Borges Pérez, graduado hacía un año en la Universidad de La Habana. Poco después llegó Rafael Lechuga Otero, profesor de Periodismo de la Universidad de Oriente, quien con método y didáctica profesionales se esforzó por hacernos asimilar los rudimentos de este bello y responsable oficio.

Transcurrido algún tiempo recibimos a Guillermo Lagarde, quien dio un giro radical al objeto de sus intereses, al dejar su sección fija dominical "Desapolillando archivos", en *Juventud Rebelde*, para dedicarse a algo tan edificante como forjar periodistas para un órgano que aún no existía y ni siquiera tenía nombre.

Ducho en las diferentes responsabilidades en un diario, que ejerció en distintos periódicos habaneros, Lagarde exigía que cada cual se desempeñase tal y como debería hacerlo cuando contásemos con el nuestro. Así, había que buscar noticias y recoger elementos para confeccionar trabajos periodísticos de diferentes géneros. Las informaciones se remitían por teletipo a la emisora *Radio Sancti Spíritus* y al rotativo *Vanguardia*, de ahí que nuestra labor resultara doblemente útil, pues esos y otros trabajos los utilizaba Lagarde todas las tardes para emplanar el futuro periódico.

Por fin, el 4 de enero de 1979, *Escambray* salió a la venta, inaugurando una nueva era en el campo informativo en la joven provincia de Sancti Spíritus. Para este redactor han sido desde entonces 40 años de duro bregar, de momentos gratos y de sinsabores, como puede experimentar un padre a lo largo de la crianza de su hijo.

Aquí conocimos el desvelo de innumerables madrugadas durmiéndonos de pie. Fueron muchos meses y años llegando tarde a nuestra casa, muchas veces a la hora del noticiero o de la novela, con lapso reducido para el aseo y la comida, con un rato apenas para estar con los hijos. Por entonces yo tenía como promedio tres noches ocupadas a la semana y debía laborar todos los sábados y muchos domingos.

A poco de empezar *Escambray* no tardamos en entender el sentido de lo expresado por el ya fallecido Lagarde, cuando dijo que el de periodista es un oficio bonito, pero sacrificado. ¡Cuánta alegría cuando nos felicitan por un trabajo que nos quedó bueno! ¡Y cuántos sinsabores cuando nos recriminan por otro que no salió bien, o donde se escapó una errata! Pero este es nuestro periódico, esta es nuestra profesión, la trinchera donde día a día defendemos la Revolución y el socialismo. Y de ello siempre nos sentiremos orgullosos.



## Escambray, mi otro hogar

A sus 40 años, este órgano de prensa sigue siendo la misma casa de siempre

DAYAMIS SOTOLONGO

La primera vez que puse un pie en *Escambray* no tenía ni 20 años, ni título de periodista, ni la más remota idea de lo que era un periódico. Era el estreno de unas prácticas universitarias en las que, más que el hallazgo del *lead* en el quinto párrafo de mi información —y no en el primero como debía ser—, aprendí otras muchas lecciones. Bastó la estancia de solo un mes para enseñarme más que todo un semestre en la academia. Y *Escambray* abría sin reparos sus puertas de hogar.

Luego volví una y otra vez, a destiempo. Cuando en aquel septiembre del 2007 llegué a la casa de Adolfo del Castillo No. 10, ya traía el diploma de licenciada en Periodismo y las mismas incertidumbres del primer día.

Me intimidaba, creo hoy, el aval de los muchos premios obtenidos por el medio en los otrora Festivales Nacionales de Prensa Escrita, el talento de tantas plumas cinco estrellas en la Redacción, la lectura de aquellos trabajos periodísticos a la hechura misma de la realidad.

Empezaba entonces otra carrera: la del desasosiego diario cuando el cursor padece incesante en la cuartilla en blanco, la de aprender a olfatear lo que verdaderamente interesa a todos, la de camuflarme en la piel de otros para contar tantas historias, la de la inconformidad constante —que se

padece cada semana— para que el periódico se parezca a quienes lo leen.

Ha sido una forja. Es también un reto. Desafía saber que, aunque a veces se quebrante, como regla, no hay concesiones con el periodismo de las palmas y las loas y que ninguna propuesta reporteril puede respaldarse con argumentos endebles.

Porque no hay temas proscritos en *Escambray* he podido escribir —con igual prerrogativa que mis experimentados colegas— lo mismo del *Aedes aegypti* o de la mudez informativa de las fuentes oficiales o del matrimonio igualitario o del regreso de los médicos de Brasil o de las casas shopping... hasta de la prostitución.

He aprendido de casi todo: desde el mosto que se pega y se contagia cuando visitas las lagunas de oxidación de un central hasta de bombas cincuentenarias que aparecen como por ensalmo y no explotan por pura casualidad.

Y en todos estos años me he equivocado también. Recuerdo ahora el día aquel en que por ese instinto enfermizo de buscar noticias siempre, puse en pie de guerra a *Escambray* al "tumbiar" un avión que creía yo se había caído y verdaderamente solo se trasladaba por la Carretera Central para ser convertido en restaurante.

Con precisión de orfebres han pulido los hilos de mi redacción, han moldeado mis palabras y me han espoleado siempre los demonios de la creación.

No solo me he hecho

periodista en *Escambray*; también me gradué de madre. En su Redacción me han nacido, sin intuirlo siquiera, padres, madres, hermanas, amigos. De su Redacción he visto jubilarse colegas, he sentido la partida de muchos y he sufrido con la muerte de otros.

Es un hogar, en el que encuentras el saludo de la llegada, la jarana en el pasillo, la llamada cuando enfermas, la risa para aliviar pesares, el enfado pasajero. Es esa familia imperfecta —como son las verdaderas familias— que te agobia a veces y a la que extrañas nada más con estar de vacaciones.

Cuando llegué a *Escambray* ya habían pasado los sobresaltos del diarismo, ya se habían acabado aquellas letras tatuadas en plomo, ya se habían abolido las máquinas de escribir y se andaba navegando en el ciberespacio y multiplicándose de a poco en las redes sociales.

El periódico se me antojaba como lo que es: un hervidero de ideas que se cuecen al calor del día a día, un desnudo en letras de la vida misma.

La primera vez que puse un pie en *Escambray* no imaginaba que durante tantos años me iba a atar la misma rutina: recorrer todos los días más de 10 kilómetros, abrir la agenda a cualquier hora y escribir, escribir y escribir.

A la vuelta de más de una década lo más que agradezco, quizás, es que hasta hoy, como siempre, *Escambray* me siga abriendo de par en par sus puertas.



Pastor con una entrevistada en un vagón del tren Sancti Spíritus-Habana en su viaje inaugural en 1987.